

Radicalismo y Justicialismo en la década del '80. Un análisis sobre las oportunidades y límites de la adaptación partidaria.

*María Soledad Delgado
(UBA)*

Trabajo presentado ante las Terceras Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, Diciembre de 2003.

Mesa n° 5: "Entre el abismo y la ilusión. Análisis de la política argentina contemporánea".

Larraya 2895, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
msoldelgado@yahoo.com.ar-delgadoms@mail.fsoc.uba.ar

Presentando la cuestión

Actualmente, las estructuras partidarias se encuentran en nuestro país cruzadas por crisis de diversos tipos que, superpuestas unas a otras, no hacen sino agravar la percepción cuasi generalizada de fase terminal. Crisis del Estado-Nación, que reduce las capacidades y autonomía de los actores actuantes en el interior de los mismos; crisis de representación, inscripta en el marco de la modificación de un modelo de democracia (y con él, un modelo de partido) hace tiempo dejado atrás; crisis de legitimidad, que encuentra su origen en los miembros de la "clase política" hasta alcanzar a las instituciones que representan. Y sin embargo, en nuestros días parece imposible pensar una democracia sin partidos. Poco representativos, con capacidades reducidas, o ineficaces para articular demandas o delinear conjuntos de políticas públicas con cierto grado de coherencia, los partidos han sido y continúan siendo, el elemento central del juego político democrático.

Ahora bien, si como resultado de las crisis (que los condicionan, pero que asimismo en buena medida ellos contribuyen a incrementar) también los partidos políticos se ven jaqueados, pero al mismo tiempo son y seguirán siendo (al menos en el corto y mediano plazo) el eje de las modernas democracias, pareciera un buen punto de partida direccionar el análisis mediante una perspectiva teórica que privilegie la indagación acerca de sus formas concretas de estructuración, de transformación interna (ambos ejes estrechamente asociados a las modalidades que adquieren las interacciones partidarias), como así también sobre el impacto que puedan producir en ellos los cambios que en el ambiente político tengan lugar.

En lo referido al caso argentino, y siguiendo esta línea de investigación, numerosos han sido los trabajos que sobre el Partido Justicialista (PJ) se realizaron, entre los cuales se destacan los de Levitsky¹ y Mustapic.² Mucha menor atención ha recibido por parte de los especialistas el otro

¹ Levitsky, Steven (2001): "Organization and labor-based party adaptation: the transformation of argentine peronism in comparative perspective", en World Politics n° 54, octubre.

² Mustapic, Ana María, "Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático", mimeo.

partido tradicional: la Unión Cívica Radical (UCR).³ Relegado a una posición minoritaria (tanto en términos electorales como bibliográficos) por décadas, la transición democrática encontró al radicalismo en condiciones de revertir las relaciones de fuerza vigentes en la Argentina peronista, al tiempo que arrojó al justicialismo a la delicada tarea de mantener su condición mayoritaria sin la presencia del liderazgo carismático. Es a partir de este escenario que uno y otro partido se enfrentarán al desafío de la adaptación a un contexto político del todo novedoso.

Este trabajo se propone, por lo tanto, realizar un breve análisis de ciertas características organizativas de la UCR y el PJ durante la década del '80, enfatizando en el mismo los aspectos relacionados con las transformaciones en el mapa de poder al interior del partido y las estrategias seguidas por los actores como respuesta a los estímulos generados por el ambiente en el cual debieron operar.

A tales efectos, el análisis que a continuación se desarrollará privilegia, siguiendo a Panebianco, la concepción del partido en tanto organización. La utilización de este enfoque teórico presupone la centralidad de la dimensión del poder al interior de la organización, es decir, el énfasis en "el funcionamiento y las actividades organizativas fundamentalmente en términos de alianzas y conflictos por el poder entre los distintos actores que integran la organización"⁴, ofreciéndonos herramientas conceptuales que nos permiten centrar en dos aspectos claves: las relaciones de poder en el seno de la organización y la reintroducción de la dimensión histórica para explorar la evolución organizativa de los partidos, pautada por la interacción entre sus características internas y la relación establecida con el contexto en el que operan.⁵

³ Existen numerosos trabajos que encuentran en el radicalismo su objeto de estudio, pero estos básicamente provienen desde la Historia. En este sentido, debemos mencionar como referencias obligadas los aportes de Rock (1975) y Alonso (2000).

⁴ Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de Partido*, Alianza Universidad, Madrid, pag. 15.

⁵ Mustapic, Ana María, op. cit

Consideraciones generales

A comienzos de los años '80, y en el marco de los particulares rasgos que fue adquiriendo el proceso de transición a la democracia en nuestro país⁶, los dos grandes partidos tradicionales se vieron enfrentados al desafío de adaptarse a las nuevas condiciones del contexto político.

Siguiendo a Novaro, es posible señalar que las dificultades que enfrentaron los partidos durante el período de transición democrática pueden desagregarse en dos dimensiones: "en primer lugar, sus recursos institucionales tradicionales, tanto los originados en las organizaciones de masas, territoriales y sectoriales, propias o afines, como los provenientes del control que ejercían sobre el aparato estatal, estaban a principios de los ochenta gravemente debilitados; y tendían a debilitarse aún más con el avance de la transición y la irresolución de las dificultades económicas y fiscales; en segundo lugar, se observa la pérdida de consistencia de los principios de reconocimiento y las identidades tradicionales de esos partidos, un desdibujamiento de los mundos culturales en que aquellas se asentaban y que hasta entonces habían ordenado la vida política, sus clivajes y conflictos, proveyendo marcos estables de comportamiento al electorado y a los políticos, así como modalidades y orientaciones del consenso sumamente rígidas."⁷ La combinación de estos factores, sumada a la desolación interna en la cual había sumido al país el gobierno militar, configuran los rasgos salientes del contexto político, económico y social hacia 1983.

⁶ El período de transición en Argentina tuvo como rasgos salientes en términos políticos la ausencia de un pacto de salida desde el régimen autoritario y la inexistencia de un consenso básico entre las principales fuerzas políticas tendiente a establecer líneas de acción comunes en lo referido a la dirección de dicha transición. En el terreno económico, el período se encuentra signado por una fuerte crisis que afecta a la totalidad de las economías latinoamericanas, pero que en el caso argentino se ve agravado por los recursos que había insumido la Guerra de Malvinas.

⁷ Novaro, Marcos, "Crisis y renovación de los partidos. Una perspectiva comparada sobre los años del menemismo", en Torre, Juan C., Novaro, Marcos, Palermo, Vicente y Cheresky, Isidoro (1999): *Entre el abismo y la ilusión*, Editorial Norma, Buenos Aires, pag. 90.

Sin embargo, en este escenario la percepción de la necesidad de dicha adaptación por parte de la UCR y el PJ tendrá tiempos dispares, irá adquiriendo características divergentes, y conducirá a que en el transcurso de la misma los partidos obtengan resultados también distintos.

En lo referido al momento específico en el cual peronismo y radicalismo definen sus estrategias ante las transformaciones en curso del ambiente político, es posible afirmar en este punto que un sector de la UCR -que logró convertirse en dominante- percibió más tempranamente la necesidad de producir una reestructuración interna y de establecer modificaciones en su relación con la ciudadanía, siendo su conducta como sujeto político en términos generales concurrente con dicha percepción al inicio del período. A su vez, esta capacidad de respuesta se vio posibilitada por la progresiva fluidez que las relaciones de poder al interior del partido fueron adquiriendo, en relación con el surgimiento y gradual consolidación de una coalición alternativa a la hegemonía balbinista, que comienza a conformarse a mediados de la década del '70 alrededor de la figura de Raúl Alfonsín.

En cambio, en el PJ solo se asumirá la necesidad de efectuar una transformación luego de la pérdida de su condición de 'mayoría natural' puesta de manifiesto en las elecciones del '83, lo cual dará lugar a un complejo proceso de reconversión que se verá cristalizado en el ascenso de la corriente renovadora y su preeminencia por sobre los 'ortodoxos', hecha explícita por primera vez en los comicios de 1985. La rigidez con que el peronismo enfrenta la nueva coyuntura se remite también a las características que asume en la década anterior, especialmente luego de la muerte del líder carismático, lo cual da lugar a un proceso de 'rutinización del carisma', que se verá objetivado en las figuras de Isabel Perón y de los dirigentes sindicales.

Según Palermo, "hacia 1982 las estructuras partidarias presentaban básicamente las mismas relaciones de fuerza internas de marzo de 1976, agravadas por el simultáneo 'congelamiento' de sus cúpulas y la paralización de toda actividad no subterránea (...) el carácter de las desigualdades

internas de las estructuras partidarias radical y justicialista no sufre durante este período transformaciones profundas"⁸. Sin embargo, esta afirmación se corresponde de manera más acabada con la experiencia del justicialismo; el proceso de reestructuración del radicalismo en la transición democrática y el período inmediatamente posterior (que sin embargo quedó trunco apenas iniciado) no puede ser comprendido sin una evaluación acerca de las mutaciones en las relaciones de fuerza que se van desarrollando -aún con las restricciones propias del régimen militar- mediante el afianzamiento en el partido del Movimiento de Renovación y Cambio y el protagonismo creciente que van ganando en él los sectores agrupados en la Junta Coordinadora Nacional. Otro de los puntos centrales que debe ser tenido en cuenta en este sentido es el referido a la muerte de Ricardo Balbín, a comienzos de 1982; su desaparición es un factor decisivo para la comprensión de las transformaciones en el mapa de poder al interior del radicalismo.

En el PJ, por el contrario, la estructura interna reproducía -tal cual lo señala Palermo- la existente al momento del golpe militar; será esa coalición dominante de extracción sindical la que, incapaz de realizar una lectura acertada de las modificaciones de su entorno, empuje al partido a un debate interno que culminó en una reestructuración que tuvo por objeto librarlo de sus componentes más movimientistas.

El justicialismo y las oportunidades de una derrota

Luego de la victoria alfonsinista de octubre de 1983, el peronismo enfrentaba un desafío que comprendía dos dimensiones estrechamente vinculadas. Externamente, debía configurarse como oposición e iniciar la empresa de recuperación en lo referido al apoyo electoral; internamente, era necesaria su transformación, una innovación que acompañara el sentido de los tiempos que era

⁸ Palermo, Vicente (1986): *Democracia interna en los partidos: las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*, Ediciones del IDES, Buenos Aires, pag. 35.

condición indispensable a los efectos de ofrecer una respuesta positiva a la dimensión externa. Según Palermo y Novaro, "el peronismo se enfrentaba a una alternativa de hierro: transformarse o desaparecer",⁹ ya que el desprestigio consumía a una conducción que se caracterizaba por su ritualismo y su ortodoxia política, su burocratización y la apelación a consignas y discursos obsoletos en el marco de la nueva coyuntura.

La renovación puede definirse entonces como una lectura de la realidad política tal que da cuenta de las necesidades del peronismo y se enfrenta a las dificultades de poner en marcha un proceso que conjugue tradición y adaptación a la época, a fin de recuperar y ampliar la base social del movimiento.

Lo imperioso de la transformación se traduce esencialmente en tres aspectos: el ideológico, cuyo proceso de apertura se había esbozado ya con anterioridad a los comicios del '83 y que plantea una nueva forma de concebir al peronismo; el personal, que requería la remoción de aquellos que fueron denominados "mariscales de la derrota" (tanto la conducción del partido como el sindicalismo representado en las 62 organizaciones) y por lo tanto planteaba una estrategia diferenciada; y el metodológico, traducido en la búsqueda de transparencia de las elecciones internas de autoridades y candidatos. El último de estos aspectos es aquel referido a la definitiva democratización del peronismo, y sobre éste recaerá el análisis en primer término.

Por cierto, uno de los problemas fundamentales a que debía dar respuesta la renovación, si deseaba constituirse en el elemento de cohesión en el fragmentado movimiento peronista, era el referido a la incorporación de reglas democráticas en la selección de liderazgos y en la resolución de conflictos; "la idea de un bipartidismo (...) seducía a los renovadores: la competencia político-electoral con el radicalismo llevaría naturalmente a una democratización interna del peronismo, pues produciría una selección natural a favor de los dirigentes capaces de atraer la simpatía del electorado, y ello implicaría tarde o temprano adecuar el clima interno al clima político general: es decir, extender las

⁹ Palermo, Vicente y Novaro, Marcos: *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma, Buenos Aires, pag. 186.

reglas y principios democráticos dentro del peronismo. Con el tiempo se superaría así la tensión planteada entre arbitrariedad verticalista y anarquía."¹⁰ Del mismo modo, tanto para Aboy Carlés como para Chumbita, la renovación se centra, en el quiebre de la conformación institucional del peronismo, y en la aceptación como valor positivo del pluralismo político. Adhiriendo a la afirmación de Aboy Carlés, puede señalarse que "solo a partir de una derrota electoral como la de 1983 pudo el peronismo avanzar en una reflexión sobre el pluralismo político".¹¹ A partir de aquí, "la legalidad estatutaria y los comicios internos eran el camino de recuperación del peronismo, tal como la vigencia de la constitución y las instituciones republicanas eran el camino para recuperar el estado".¹² De esta manera, la legitimidad interna se tornaba condición necesaria en pos de la recuperación de la legitimidad externa, requiriéndose para su consecución el pasaje de la estructura movimientista al formato del partido nunca aceptado y hasta denunciado por la tradición peronista (recuérdense los hasta entonces continuos alegatos contra la "partidocracia liberal"). En efecto, una cultura política anti-partido o de movimiento se convertía en el obstáculo más firme del peronismo para convertirse en opción de gobierno, ya que entraba en contradicción con el grueso del electorado, poco proclive en los ochenta a un comportamiento electoral definido desde lo sectorial o corporativo. El dilema de movimiento versus partido es resuelto a favor de este último, obteniendo -siguiendo a Chumbita- una prioridad que, sin embargo, no puede ser considerada hegemónica.

Sin embargo, la renovación, respuesta al agotamiento de una concepción de lo político cuya condición de posibilidad era la figura de Perón, logró producir la institucionalización de las diversas estructuras organizativas que confluían en el movimiento bajo la forma del partido, con lo cual se dio paso a una unificación impensada años atrás; esto, no obstante, no implica que sus dirigentes se convirtieran en autoridades indiscutidas dentro del partido, ni que por ello se hubiese generado una

¹⁰ *Ibíd.*, pag. 189.

¹¹ Aboy Carlés, Gerardo: "De Malvinas al menemismo. Renovación y contrarrenovación en el peronismo", en *Sociedad* N° 10, Buenos Aires, 1996, pag. 22.

¹² Chumbita, Hugo: *El enigma peronista*, Puntosur, Buenos Aires, 1989, pag. 129.

profunda convicción democrática en el seno de los cuadros que, en palabras de sus mismos dirigentes, también reviste características ambiguas. Esta última afirmación encuentra fundamento, por ejemplo, en algunas declaraciones de Caffero al diario Clarín, en abril del '84, en las cuales se refiere al peronismo en estos términos: "... una ideología nacional de cambio, antes que una ética universal democrática. Nuestro mensaje se dirige a la compleja dimensión del hombre -más allá de su condición de ciudadano- no solo acreedor de derechos y garantías jurídicas sino también sujeto a necesidades básicas."¹³ La normalización institucional, por otra parte, nos remite a un dato de trascendencia decisiva para el posterior desenvolvimiento de las relaciones de poder al interior del peronismo: su puesta en marcha significó la desvinculación formal de un número considerable de dirigentes cuya imagen era, por algún motivo, perjudicial para el partido, sobre todo en el Interior; esto provocó que se generase una especie de marginación que posibilitaría el fermento de una cierta resistencia que el entonces gobernador de La Rioja supo capitalizar.

Dentro de la referida institucionalización del peronismo, en lo concerniente a la transparencia en los comicios internos, uno de los principales puntos de la transformación fue la elección directa de quien ostentaría la candidatura presidencial. Es entonces paradójal el observar que fue precisamente ésta el instrumento que posibilitó la derrota del 9 de julio y la posterior descomposición de la renovación como proyecto político estructurado.

Siguiendo esta línea, es importante también tener en cuenta las características del liderazgo, por su estrecha relación con la institucionalización. Ateniéndonos a un análisis que comenzara en 1987, podemos señalar que la unificación del partido no tuvo su correlato en un liderazgo aglutinador, en parte por las propias limitaciones de los integrantes de la renovación, y en parte porque se veía la ausencia del mismo como un resultado inevitable y deseado del proceso institucionalizador. En síntesis, "el mayor éxito de los renovadores fue democratizar internamente el peronismo y dotarlo

¹² Palermo, Vicente y Novaro, Marcos, op. cit., pag. 192.

de una estructura de autoridad relativamente cohesionada, en un proceso que, en sí mismo, fue específicamente partidario, no movimientista. Así el peronismo alcanzó un inusitado desarrollo institucional y tendió a desprenderse del lastre de las orientaciones y actitudes más decididamente incompatibles con la democracia, y de los dirigentes menos presentables."¹⁴ Sin embargo, el proceso no estaba concluido; será el menemismo una suerte de instancia superadora tanto del peronismo tradicional como de la renovación, que significó una adaptación exitosa del partido a los nuevos escenarios de los '90.

El radicalismo y los límites de una victoria

El cambio en el mapa de poder organizativo al interior del radicalismo, gestado durante la década precedente en virtud de la coalición alternativa a la hegemonía balbinista nucleada alrededor de Alfonsín, se puso de manifiesto con las elecciones internas de 1982. En las internas de ese año se ve claramente cual es el modo de competencia intrapartidaria que se busca establecer desde el Movimiento de Renovación y Cambio, marcado por una orientación acentuada hacia la confrontación y no hacia el acuerdo. En efecto, desde sus inicios Renovación y Cambio mostró un estilo interno fuertemente confrontativo, que se fue exacerbando a la par de la creciente solidez adquirida al interior del partido.

Es así como, posibilitada por la gradual consolidación de esta línea dentro de la estructura partidaria en la década anterior, como así también por la reciente desaparición de Balbín, la figura de Alfonsín se convertía en el centro alrededor del cual se aglutinaban los apoyos históricos y las nuevas incorporaciones, al tiempo que dividía aguas dentro de la principal oposición: Línea Nacional. En esta, y otras fracciones menores (como el grupo Independiente o el Movimiento de Acción Radical) se produjeron sendas rupturas que tuvieron que ver una definición en torno a la adhesión o no a la

¹⁴ Ibídem, pag. 193.

candidatura de Alfonsín. Este comienza a emplear ciertos recursos que serán fundamentales para el resultado de las elecciones, convocando a la ciudadanía a la afiliación masiva y llamando a cambiar al partido desde adentro: 'Ustedes y nosotros necesitamos establecer los 10 puntos del compromiso democrático (...) Afiliarse antes del 30 de marzo en los locales de la UCR: RAÚL ALFONSÍN'. Como bien señala Palermo, esto remite a que "no importaba en que local se afiliara [la gente], los punteros no podían hacer pesar tanto las fichas porque las tendencias internas ya estaban confrontadas y lo decisivo sería el voto del afiliado en la elección"¹⁵; puede verse claramente aquí como el estilo alfonsinista comienza a exceder las modalidades típicas de la negociación al interior de la organización partidaria establecidas hasta entonces. El alfonsinismo desbordará la vieja estructura de comités, punteros y caudillos, obteniendo apoyos tanto dentro del partido como fuera de él.

Ese desborde producido por el radicalismo alfonsinista generó fracturas básicamente en aquellos partidos surgidos del tronco radical, concitando en ellos las adhesiones de los sectores de tinte más progresista, y abonando la idea de constitución de una suerte de panradicalismo.¹⁶

La confluencia de estos numerosos y variados apoyos le permitió al radicalismo alfonsinista la constitución de un escenario novedoso en el sistema político argentino, esto es, la posibilidad cierta de cohesión del electorado no peronista. El 30 de octubre, esa cohesión se verá traducida en el 51,7% de los votos. Pero retornemos al escenario previo a la contienda electoral.

Hacia 1982, la UCR se hallaba constituida por definidas líneas internas, entre las cuales se destacaban el Movimiento de Renovación y Cambio, Línea Nacional y Línea Córdoba. El MRC encontraba a su vez en su seno dos tendencias, los denominados 'históricos' y la Junta Coordinadora Nacional; en Línea Córdoba, existían diferencias considerables entre sus dos máximos dirigentes

¹⁵ Palermo, Vicente, op. cit., pag. 94.

¹⁶ Acuña, Marcelo: De Frondizi a Alfonsín. La tradición política del radicalismo, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984, pag. 227.

(Angeloz y Martínez), que en esta etapa se centraban en torno a los caminos de salida de la experiencia autoritaria. En cuanto a Línea Nacional, la agrupación que nucleaba a los ex balbinistas, y que contaba con referentes como Tróccoli, Pugliese, De la Rúa y García Puente, fuerte fue el impacto que suscitó la creciente fortaleza del alfonsinismo.

La aplastante victoria del Movimiento de Renovación y Cambio en los comicios internos refirió la inutilidad de una contienda por la candidatura presidencial, desistida entonces por Fernando de la Rúa; a partir de ese momento el partido en su totalidad se encolumna detrás de Raúl Alfonsín; sin embargo, es necesario efectuar en este punto una aclaración de relevancia: la cohesión interna presentada en este momento no fue generada por la adquisición de una nueva identidad ideológica en el partido, sino que sus causantes se remiten en mayor medida a las grandes posibilidades de obtener una victoria en las elecciones de octubre de ese año, dejando atrás una posición minoritaria en términos electorales y una existencia política diluida en el bloque del antiperonismo.

La posibilidad de esta unificación es permitida y estimulada en gran medida por la estrategia desplegada por Alfonsín. Tan pronto como hubieron terminado las internas, éste le ofreció a sus adversarios en ellas una importante cantidad de cargos públicos de relevancia, en una proporción bastante equilibrada con respecto a aquellos reservados para el Movimiento de Renovación y Cambio. A los frustrados candidatos presidenciales Luis León y Fernando De la Rúa se les ofreció senadurías; a Antonio Tróccoli (el hombre de peso de De la Rúa en provincia de Buenos Aires), el Ministerio del Interior; los acercamientos con Pugliese culminaron con su elección como jefe de lo que sería la bancada radical en la Cámara de Diputados.

Es correcto afirmar que "las elecciones de 1983 trajeron aparejada una reactivación general del papel y de la dinámica interna de los partidos".¹⁷ Ciertos indicadores nos permitirán arrojar luces

¹⁷ De Riz, Liliana (1989): "La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el parlamento", Documento de trabajo del CEDES n° 19, Buenos Aires, pag. 9.

sobre las modalidades esenciales de la dinámica interna propia del radicalismo en este período de efervescencia electoral.

El grado de cohesión interna alcanzado en la UCR a partir de su unificación en torno a la candidatura de Alfonsín puede observarse en la escasa autonomía existente en los distritos con respecto a las referencias nacionales, fundamentalmente en relación a la figura del candidato. En los distritos podía verse de manera precisa la sólida alineación y convocatoria que estas referencias producían, lo cual trasuntaba en una imagen que reflejaba un alto grado de homogeneidad.

Como contrapartida, si efectuamos una mirada al interior del justicialismo en los distritos durante este período, nos encontramos frente a un partido definido por un distanciamiento de magnitud en lo relativo a la relación entre dirigencias provinciales y conducción nacional, gozando las primeras de una autonomía casi absoluta con respecto a la segunda.

Otro de los indicadores que remiten a la cohesión interna ostentada por el radicalismo en este período es la campaña electoral efectuada, sus características y particularidades. La campaña radical se encuentra caracterizada por la presencia de un discurso unificado, que halla su correlación en los afiches, publicidades y spots televisivos; en todos ellos se presentan ciertos elementos comunes, tales como la inclusión de la foto de Alfonsín prácticamente en la totalidad de las publicidades, la implementación de un estilo de letra y escritura uniforme, y la utilización del escudo con la bandera argentina y las siglas R.A.¹⁸

Podría objetarse que este indicador revela en mayor medida la creciente presencia de las consultoras de opinión pública y las herramientas del marketing político en las etapas pre electorales (siendo la campaña de la UCR en el '83 aquella en la cual fueron implementadas por primera vez dichas herramientas en nuestro país), y que por lo tanto la homogeneidad presentada tiene más que ver con imposiciones de índole técnica -generadas desde fuera de la estructura partidaria- antes que con la

¹⁸ Hadida, María Eva y Pérez, Soledad, (1999): "Las campañas presidenciales de la década del '80: Alfonsín y Menem", en El alfonsinismo en perspectiva, Buenos Aires, cita incompleta, pag. 15.

correlación de fuerzas al interior del partido. Sin desestimar la importancia adquirida por los nuevos elementos aportados desde el marketing político, sostenemos que tal afirmación sería errónea, y nos basamos para ello en la utilidad de un análisis comparado con la situación dentro del justicialismo en el mismo período.

La disponibilidad de las nuevas herramientas no se hallaba solo en manos de la UCR, sino que, por supuesto, también pudieron haber sido utilizadas por el PJ. Si en el justicialismo no se implementó una campaña homogénea fue, fundamentalmente, por la profunda heterogeneidad existente en su seno. Esa heterogeneidad se vio traducida en una fuerte fragmentación discursiva y en la ausencia de un denominador común que aglutinara a las diversas corrientes. En los hechos, puede observarse en la multiplicidad de afiches, avisos y solicitadas de distinto tenor (como así también en los palcos de campaña repletos de dirigentes de todos los sectores) el bajo grado de cohesión interna que el PJ presentaba.

El análisis de estos elementos nos conduce a afirmar que más allá de que sean factores de índole pragmática (fundamentalmente aquellos referidos al cálculo electoral) los que contribuyeron a que el radicalismo cerrara filas tras la figura de Alfonsín y su propuesta, nos encontramos frente a un grado de cohesión interna relativamente alto *en esta instancia*.

En efecto, el grado de cohesión alcanzado por el radicalismo luego de la interna y el ascenso de la figura de Alfonsín (construido bajo consideraciones de índole pragmática) se vio disminuido con el avance en la gestión de gobierno, período en el que las discrepancias programáticas -frente a cuestiones tales como el Plan Austral y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida- se irán acentuando.

Según el análisis de Novaro, "en los inicios de la transición la dirigencia radical no experimentó una crisis de identidad ni de legitimidad, por lo que no estaba 'disponible' para un cambio de orientación programática profundo, ni había incorporado un estilo pragmático que permitiera compensar

'materialmente' la resignación de las convicciones"¹⁹; de esta manera, conforme iba avanzando el ejercicio del gobierno, las divergencias en torno a su orientación (sumadas a los típicos conflictos relacionados con la distribución de espacios en la estructura gubernamental y partidaria) se convertían en dificultades que fueron salvadas por Alfonsín, en estos primeros cuatro años de gestión, echando mano a una combinación de factores que pasaremos a señalar.

Puede afirmarse en primer término que la propuesta presidencial con relación al partido estuvo caracterizada por la imposición a la conducción partidaria de un rol secundario. Alfonsín es investido presidente del radicalismo poco después de su arrollador triunfo en las internas, sumando un elemento de fortaleza a su liderazgo; como Presidente de la Nación y Presidente de la UCR, define los ámbitos de competencia del partido, estableciendo hacia el mismo un margen de autonomía acotado: el partido (sus máximos órganos nacionales: la Convención Nacional –el más alto cuerpo de decisión- y el Comité Nacional –el más alto cuerpo ejecutivo-, así como las análogas estructuras provinciales) solo 'funcionaba' como tal cuando el Presidente así lo decidía. Estas prácticas informales se institucionalizaron con las modificaciones a la Carta Orgánica Nacional de la UCR efectuadas en el período, que establecieron que, "cuando un afiliado de la UCR ejerza la Presidencia Constitucional de la Nación como consecuencia del triunfo de su candidatura partidaria como Presidente, será a partir de entonces y durante el desempeño de su mandato, Presidente Nato del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, el Presidente del Comité Nacional elegido por el Plenario continuará desempeñando su cargo con todas las facultades, salvo el tiempo en el que el Presidente Nato decida ejercerlo personalmente".²⁰ La conducción nacional de la UCR quedó relegada a un sitio marginal, y comenzaron a escucharse voces que denunciaban 'la preeminencia del palacio por sobre el partido'. Entre 1983 y 1987, no obstante las múltiples tensiones que cruzaban al radicalismo, Alfonsín logra constituirse en factor unificador.

¹⁹ Novaro, Marcos, op. cit., pag. 94.

²⁰ Carta Orgánica Nacional de la Unión Cívica Radical (1997), artículo 21°.

Otro de los puntos en los cuales puede verse el distanciamiento del partido con respecto al centro decisional en este período se refiere al rol creciente de los 'nuevos radicales'. En efecto, uno de los temas más conflictivos dentro del radicalismo en esta etapa tiene que ver con la inclusión de figuras ajenas a la tradición partidaria, fundamentalmente con la incorporación de técnicos de tenue filiación radical (los resistidos 'tecnócratas'). Más precisamente, cabe señalar que Alfonsín genera una transformación en el principio de legitimidad básico para aspirar a cargos de decisión en el gobierno, lo cual impacta fuertemente en el partido y se constituye en uno de los factores sobre los que se va forjando el disenso entre ambos. Las condiciones de acceso que debía cumplir cualquier aspirante a ocupar un cargo decisional estaban esencialmente vinculadas a la competencia técnica y a la afinidad con las ideas rectoras del alfonsinismo. De esta manera, se modifica en buena medida el patrón de reclutamiento del elenco de gobierno vigente por décadas en el radicalismo; el ingreso de *outsiders* pone en alerta a un partido para el cual la militancia partidaria y la construcción de una carrera dentro de la estructura organizativa se constituían en condición *sine qua non* de la participación en los cargos que implicaban las más importantes decisiones gubernamentales.²¹

Será entonces el parlamento el ámbito al cual se trasladen los conflictos intrapartidarios. Relegada la escena partidaria a un segundo plano, el Congreso se convierte en el lugar a partir del cual se legitiman liderazgos a escala nacional y se establece la competencia por las posiciones de poder dentro del partido.²²

Hacia 1987, la cohesión interna en las filas radicales era una prácticamente inexistente, pudiendo afirmarse que "el saldo inmediato de la derrota electoral de los candidatos radicales en 1987 fue el estallido de una crisis larvada dentro de la UCR."²³ El resultado de las elecciones del '87 (la UCR

²¹ No hay acuerdo entre algunos autores al respecto del período preciso en el cual los técnicos comenzaron a tener un lugar destacado en el elenco alfonsinista. Acuña (1984) sostiene que ya en 1982 existía dentro del MRC una importante influencia de los tecnócratas, tales como López, Concepción, Grinspun y Carranza. Malamud, por su parte, subraya que hasta 1985 (año en el cual se produce el giro hacia políticas de estabilización heterodoxas) el foco se centró en los líderes partidarios tradicionales.

²² De Riz, Liliana (1989), op. cit., pag. 47.

²³ De Riz, Liliana (1989), op. cit., pag. 47.

pasa de un 43% de los votos en 1985 a un 37% en 1987, y el PJ pasa de la obtención de un 34% de los sufragios en las elecciones del '85 a un 41% en las del '87; es decir, el radicalismo perdió en cuatro años el 32,4% del caudal electoral obtenido en las elecciones fundacionales del nuevo régimen)²⁴ descolocó al radicalismo y obligó a la apertura del debate en su interior, que se vería centrado de allí en más en un fuerte cuestionamiento acerca de las relaciones entre el gobierno y el partido. Este nuevo escenario complejizó asimismo la estrategia de la administración de cuotas de poder recíprocas en el seno del radicalismo por parte de Alfonsín, dificultando en gran medida las negociaciones horizontales.

Puede considerarse que a partir de 1987 resurgió dentro de la UCR la competencia entre las líneas internas (se exacerbó el internismo), generándose un proceso en el cual si bien tiene lugar la culminación del liderazgo indiscutido de Alfonsín, no se produce el surgimiento de alternativas al mismo.

La victoria del justicialismo pone a la UCR de cara frente a los límites de la adopción de un accionar político basado en la heteronomía con respecto al líder partidario. El 'recostarse' en el liderazgo presidencial significó para el radicalismo posponer la redefinición de su identidad como partido (un objetivo inconcluso, no obstante los esfuerzos que acompañaron la transición democrática) y, por ende, dificultar su adaptación a un escenario crecientemente marcado por el derrumbe del sistema económico y estatal tradicional, y fuertemente complejizado por el accionar de presiones corporativas.

De allí en más, la fragmentación al interior de la UCR y el rumbo errático seguido por el gobierno se retroalimentarán hasta desembocar en la estampida inflacionaria y los estallidos sociales de 1989, que ponen fin al sueño radical y sumen al partido en una fortísima crisis organizativa.

²⁴ Como señala Torre, "los análisis electorales han demostrado que a partir de 1983 la UCR fue devolviendo votos hacia el centro-derecha y el centro-izquierda del espectro electoral, favoreciendo el crecimiento de terceras fuerzas", Torre, Juan Carlos (2003): "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", en Desarrollo Económico, vol 42, n° 168, pag. 650.

Reflexiones finales

La etapa de la transición democrática producirá en el radicalismo un rápido reacomodo de sus fuerzas internas, que se torna inteligible solo a la luz de las lentas transformaciones que se fueron produciendo en la década anterior, fundamentalmente con anterioridad al golpe militar de 1976. En efecto, será el núcleo de la coalición alternativa surgida en los '70 por oposición al balbinismo quien se constituya en coalición dominante a partir del '83.

En un partido 'cerrado', el cambio en el mapa de poder organizativo pasó esencialmente por una estrategia que desbordó la tradicional estructura radical. El llamado de Alfonsín a la afiliación masiva y la satisfactoria respuesta obtenida le permitieron al Movimiento de Renovación y Cambio y su líder trocar posiciones con su principal adversario: Línea Nacional. Sin embargo, cabe destacar que la fortaleza del alfonsinismo en el período anterior a las elecciones de octubre del '83 no solo puede ser explicada mediante la apelación por parte del líder a una opinión pública independiente que respondió apoyándolo masivamente, sino que a la par de dicha apelación Alfonsín llevó adelante una política de alianzas, tanto al interior del radicalismo como en relación a los partidos de raigambre radical, que le permitieron consolidar su liderazgo de cara a la contienda presidencial. Luego de las internas del '82, el radicalismo se encolumnará detrás de Raúl Alfonsín y mantendrá, tanto durante toda la campaña como en los albores de la gestión del mismo, un alto grado de cohesión. Esta cohesión, no obstante, se remitió más a cálculos de índole electoral (a la racionalidad estratégica de los actores) que a una reelaboración de la identidad partidaria que diera como resultado un consenso básico en términos programáticos.

Dentro del radicalismo, Alfonsín se constituye en el factor unificador, logrando la coexistencia relativamente armónica de diversas corrientes mediante la distribución del poder en cuotas que producen 'empates'; esta distribución fue obstaculizada en gran medida luego de la derrota electoral de 1987. De todos modos, la cohesión presentada en la llegada al poder del Estado se irá diluyendo

conforme avanza la gestión alfonsinista, en particular por las serias discrepancias en torno a la política económica del gobierno y las propuestas de resolución de la cuestión militar.

En cuanto al justicialismo, es importante destacar que la necesidad de producir una reestructuración interna surgió recién alrededor de 1985, y comportó un importante recambio dirigencial, que se hizo explícito en el alejamiento de los sectores asociados a la dirección sindical y el distanciamiento de los sectores de tinte más autoritario. El objetivo de la renovación era la institucionalización del partido; tras el ejemplo del radicalismo alfonsinista, buscaron hacer del peronismo un típico partido de una típica democracia liberal. En este sentido, el triunfo de la renovación también marcó sus insuperables límites, dado que al tiempo que el objetivo iba configurándose, los elementos de mayor carácter identitario en la tradición peronista iban distanciándose en la asociación de las bases, permaneciendo latentes y por tanto en disponibilidad para ser activados por un nuevo líder.

Referencias bibliográficas

- ◆ Aboy Carlés, Gerardo (1996): "De Malvinas al menemismo. Renovación y contrarrenovación en el peronismo.", en Sociedad N° 10, Buenos Aires.
- ◆ Acuña, Marcelo (1984): *De Frondizi a Alfonsín: la tradición política del radicalismo*, Centro Editor de América Latina, 2 vols., Buenos Aires.
- ◆ Chumbita, Hugo (1989): *El enigma peronista*, Puntosur, Buenos Aires.
- ◆ De Riz, Liliana (1989): "La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el parlamento", Documento de trabajo del CEDES n° 19, Buenos Aires.
- ◆ Hadida, María Eva y Pérez, Soledad (1999): "Las campañas presidenciales de la década del '80: Alfonsín y Menem", en *El alfonsinismo en perspectiva*, Buenos Aires, cita incompleta.
- ◆ Levitsky, Steven, (2001): "Organization and labor-based party adaptation: the transformation of argentine peronism in comparative perspective", en *World Politics* n° 54, octubre.
- ◆ Malamud, Andrés (2003): "Winning Elections versus Governing: A Two-Tier Approach to Party Adaptation in Argentina (1983-2003)", mimeo.
- ◆ Mustapic, Ana María, "Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático", mimeo.
- ◆ Novaro, Marcos (1999): "Crisis y renovación de los partidos. Una perspectiva comparada sobre los años del menemismo", en Torre, Juan C., Novaro, Marcos, Palermo, Vicente y Cheresky, Isidoro, *Entre el abismo y la ilusión*, Editorial Norma, Buenos Aires.
- ◆ Palermo, Vicente (1986): *Democracia interna en los partidos: las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*, Ediciones del IDES, Buenos Aires.
- ◆ Palermo, Vicente y Novaro, Marcos (1994): *Política y poder en el gobierno de Menem*, Norma, Buenos Aires.
- ◆ Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de Partido*, Alianza Universidad, Madrid.
- ◆ Torre, Juan Carlos (2003): "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria", en *Desarrollo Económico*, vol. 42, n° 168.
- Unión Cívica Radical (1997): *Carta Orgánica Nacional*.

